



**Hugo Rodríguez-Alcalá**



## **La casa de las cruces**

*Juan Llanos* descendió del camión frente al establo de la casa abandonada y esperó a que los tres oficiales con que había venido hicieran pie en tierra. Luego él y los otros se encaminaron hacia la casa que, bajo el sol de febrero, seesteaba silenciosa en el pueblecito evacuado por el enemigo días atrás.

Los tres oficiales, hombres ya maduros, entraron primero en el que debió de ser el comedor de la vivienda desierta. Juan Llanos se detuvo un instante en el umbral, asqueado por un intenso olor de suciedad y humedad que había adentro. Venciendo el momentáneo malestar, penetró en la habitación. Una oscuridad de gruta lo envolvió cuando, apenas cruzado el umbral, la puerta se cerró sola a sus espaldas. El piso sonaba bajo sus botas a tierra apisonada. Sólo tras las rendijas de una ventanuca baja entraba alguna claridad y se veían vagamente los verdores del patio. Alguien encendió una linterna eléctrica.

-Ni una silla, ni una mesa -dijo el teniente primero.

-En ese rincón hay un cántaro roto -dijo el teniente segundo.

-Tal vez no hayan podido llevarse las camas -dijo la voz del capitán-. Vamos a averiguarlo. [214]

Y los cuatro avanzaron hacia la única puerta interior situada a la izquierda.

La habitación a la que pasaron era alta y larguísima; el piso, también de tierra apisonada; las vigas del techo, toscas y llenas de telarañas; las paredes, blancuzcas. El círculo de luz amarillenta se detuvo sobre unas rayas negras pintadas en una pared que no tenía ventanas.

-¡Una cruz! -exclamó el teniente segundo.

El capitán, que blandía la linterna, hizo correr la luz a lo largo de toda la pared.

-¡Tres cruces! -corrigió. Y, en voz lenta, leyó el nombre que sobre cada una de ellas estaba pintado:

-Blas... Matías... Ricardo.

Las letras de estos tres nombres se destacaban, negras, gruesas, sobre la húmeda cal blanca.

-Sin duda los enterraron aquí, bajo cada una de esas cruces -afirmó el teniente primero.

-¿A quiénes? -preguntó Juan Llanos.

-A Blas, Matías y Ricardo habrá de ser -dijo el capitán, serio. Luego agregó: -Haremos colocar los catres esta noche cerca de esas cruces. Veremos si Juan Llanos tiene una grata sorpresa a eso de las doce. [215]

-Me parece que la tierra no está bien apisonada en el espacio de piso frente a la última de las cruces -comentó el teniente segundo-. Esto debe probar que al menos una de las inhumaciones ha de ser más o menos reciente.

-Juan Llanos no tiene miedo de fantasmas -aseguró el capitán mirando al muchacho, Él ya es un hombre.

Juan Llanos no hizo ningún comentario, pero observó con detenimiento, ahora a la luz de su propia linterna, el piso de tierra dura y roja del larguísimo cuarto. Juan Llanos no había cumplido aún diecinueve años. Sus acompañantes andaban por los cuarenta.

Se oyó un ruido de motor en el patio: el chófer metía el camión en el establo. En ese mismo momento el ordenanza del capitán llegó en busca de su jefe para pedir órdenes.

-Aquí pasaremos la noche -le dijo el capitán secamente, Ármeme el catre en esta pieza; que los otros ordenanzas armen los otros catres también aquí. Y abra enseguida las ventanas para ventilar el cuarto.

Cuando oscureció, los cuatro oficiales cenaron sobriamente en el patio sentados en unos bancos que los ordenanzas encontraron en el establo.

\*\*\*

Sobre un poncho tendido en el piso del desierto comedor y a la luz de una lámpara Petromax venida en el camión, los oficiales jugaban al póquer. [216]

-Encontré un pedazo de carta quemada en un montón de ceniza que hay en el patio - informó el teniente primero-. El que escribió esa carta hace un año (fue escrita exactamente hace doce meses, el 13 de febrero) habla de tres muertes, de tres muertes violentas en la familia. La firma es de un tal Wenceslao Gutiérrez.

-Curioso -corroboró el teniente segundo, encima de cada una de las cruces he visto, pintada al rojo, una sola inicial: una G. ¿No la vieron ustedes? Los enterrados allí deben de ser todos Gutiérrez -añadió, señalando con la diestra la habitación contigua.

-¿Se acabó la caña? -preguntó el capitán.

Por toda respuesta, el teniente primero gritó:

-¡Martínez!

En el acto la figura del ordenanza Martínez se perfiló en el marco de la puerta, bañada en el fulgor potente de la lámpara.

-Traiga la caramañola *de la vieja* -le ordenó su amo.

-Su caña no es vieja ni nueva -corrigió el capitán-. Parece que ni es caña.

-A falta de pan... -empezó el teniente primero.

-Volviendo al tema -interrumpió el teniente segundo-. ¿Saben que yo también encontré algo muy significativo?

El ordenanza Martínez entró en ese instante con la cantimplora y un jarro de aluminio de los capturados al enemigo, lleno de [217] caña. Dejó la cantimplora junto al teniente primero y entregó a éste el jarro. El teniente, sin decir una palabra, se lo cedió al capitán. El capitán bebió un largo trago con una mueca de asco y luego, haciendo chasquear la lengua, se lo devolvió a su dueño.

-Y... ¿qué es eso muy significativo? -preguntó ya sin asco en la cara y un brillo nuevo en los ojos.

-El «Diario» o cosa así de la familia Gutiérrez: un libro grueso de tapas negras, sucio, con hojas amarillas y escrito con tinta negra y roja... (Al terminar de decir esto recibió del teniente primero el jarro de la caña y, después de mirar a los tres en los ojos, bebió el líquido con una expresión en que se mezclaban placer y repugnancia).

-¿Y qué dice el libro? -urgió el capitán.

-Lo encontré en un saco de cuero dentro de un pozo cavado parece que con mucha prisa y, aparentemente, con intención de que allí se enterraran el libro y algunas cosas más...

El que cavó el pozo debió de tener que huir, porque la pala la dejó allí tirada, junto al saco con el libro dentro. No lejos del pozo se ve el impacto de un morterazo y hay esquirlas de granada.

-Pero ¿qué dice el libro? -insistió el capitán.

-Era de bautismos y defunciones y de otros sucesos. Estaba en castellano, pero tenía páginas en clave, que no entendía. Todos los nombres de los bautizados o difuntos eran Gutiérrez o López Gutiérrez. Una página rasgada, de la que apenas queda la parte de arriba, tiene estas letras en tinta roja: VENG... Las otras letras de la palabra no se podían leer. [218]

-¿Y dónde está el libro? -interrogó el teniente primero.

-Lo tiré en el pozo seco de brocal caído que hay al fondo del patio. Me daba asco. Además, en la primera página leí algo así como esta advertencia: «Nadie tiene derecho a leer ni poseer este libro, a menos que sea de la sangre de los Gutiérrez».

-De la sangre de los Gutiérrez... -dijo el capitán caviloso.

Juan Llanos decidió mentalmente rescatar el libro del pozo antes de acostarse y ver si era cierto lo que el teniente decía.

Entretanto, la partida de póquer languidecía. La familia Gutiérrez interesaba más que el juego. El jarro de caña pasaba de mano en mano, tras de haberse vaciado y llenado más de dos veces. Los oficiales se contaban extrañas historias de familias semejantes a la de Gutiérrez, o al tipo de familia que atribuían a la de Gutiérrez: hablaban de gentes que enterraban a sus muertos en los dormitorios, a varios metros de profundidad, y que, como si tal cosa, seguían viviendo en sus casas.

\*\*\*

A las once de la noche el capitán, con los ojos colorados, se puso de pie. Sus movimientos no eran muy seguros:

-Vamos a dormir, señores -dijo- Mañana debemos seguir viaje al amanecer.

Juan Llanos salió de la habitación al patio y llamó a su ordenanza. [219]

-Mi catre, en el medio del patio.

-Su orden -contestó el soldado.

Una luna inmensa, redonda, amarilla, brillaba en el cielo. Juan Llanos oyó unas risotadas aguardentosas en el dormitorio de sus compañeros.

-¿Vas a dormir afuera? -le preguntó el teniente segundo cuando Llanos entró en la pieza en que los tres oficiales se desvestían junto a sus catres.

-Sí -respondió lacónicamente. Y agregó: -Hace calor aquí y no huele bien.

-Eso es ser mal huésped de los Gutiérrez -le advirtió el teniente primero-. Además habrá rocío. En cuanto a escapar a ciertas cosas, a ciertas visitas, a ciertas sacudidas... Bueno: en el patio o aquí será lo mismo.

-A cualquier molestia que tenga esta noche, de hombre o de otra cosa -previno Llanos-, contestaré con tiros de revólver.

-No hay que olvidar que estamos en casa de los Gutiérrez, y que hay que guardar las formas, es decir, dormir en el dormitorio.

-¿Y a mí qué me importa de los Gutiérrez, vivos o muertos? ¡Pueden irse todos ellos, con su abuela, a la...!

Le parecía a Llanos que el uso y el abuso de palabras groseras lo aproximaban a los tres oficiales maduros, gente de otra educación, áspera y socarrona. [220]

Luego volvió al patio y se fue derecho al pozo a buscar el libro. Era un pozo ciego, lleno de tierra y piedras, de un metro de profundidad, más o menos. Llanos se asombró de encontrar, en efecto, un libro de tapas negras. Y se asombró aún más al comprobar que en la primera página decía: «Nadie tiene derecho a leer ni poseer este libro a menos que sea de la sangre de los Gutiérrez».

En el patio bañado de luna el ordenanza había ya armado el catre de campaña. Cuando Llanos se acostó, puso el libro de los Gutiérrez junto a su gurupa, debajo del catre. Y el revólver, fuera de su funda, bajo la almohada. Tenía la cabeza pesada por los vapores de la caña. A través de la escasa lana de la almohada sentía en la mejilla la dureza del *Smith & Wesson*, calibre 38.

No pudo dormirse enseguida. No sabía si era una irritación de varios días contra los oficiales o una inexplicable aprensión lo que le robaba el sueño. Los oficiales no eran gente mala, no: al contrario. Pero siempre notaba en ellos la burla apenas disimulada. Lejos de tratarlo como a un igual, si no en graduación al menos en hombría, sólo veían en él al niño bien con pujos de virilidad madura. Advertía que les disgustaba su lenguaje y por eso trataba de despojarlo de toda expresión literaria o culta, intercalando entre frase y frase palabrotas prestadas de ellos que (él no lo sabía) sonaban en sus labios peor que las voces cultas.

-Se burlan de mí -pensó, tratando de dormir y empuñando, bajo la almohada, el *Smith & Wesson*, el índice en el gatillo-, pero ya les di mi aviso. Esta será la última broma que me hagan. No aguantaré más algo como lo de la otra noche, cerca de aquellos cadáveres enemigos momificados. [221]

En los árboles del patio graznaba una lechuza. La luna amarilla antes, ahora tenía una blancura azulina, un brillo de nácar. Media hora después Juan Llanos dormía profundamente.

\*\*\*

El catre empezó a moverse como en apenas perceptible balanceo. -Es como el camión, el catre -se dijo Juan en sueños-, los caminos estos...

Y enseguida el sueño lo llevó a otra parte, muy lejos; a los días de la escuela primaria. Mauricio, su compañero de banco, le mostraba un cuaderno de dibujos borroneados. Mauricio era envidioso y obsceno. Después, no entendió cómo, el cuaderno se convertía en el libro de bautismos y defunciones de la familia Gutiérrez. Leyó claramente otra vez en la primera página: «Nadie tiene derecho a leer o poseer este libro...».

El catre volvió en ese momento a balancearse, ahora como flotando en el aire frío de la noche, lleno de luna y rumores. Juan Llanos despertó con la diestra crispada en el cabo del revólver, el índice en el gatillo. Una suerte de vapor vibrante y translúcido lo envolvía. Creyó por un instante que fuera la luz de la luna, que vibrara metálicamente.

-¡He dicho que no me molesten!- gritó. Pero el grito se le congeló en la boca al ver, de pie en torno al catre, tres altas figuras, tres pares de ojos fosforescentes que lo miraban.

Juan Llanos disparó una, dos, tres veces. Las tres figuras se disiparon en el aire frío bajo la luna llena. Juan recordó el libro de [222] tapas negras y lo buscó bajo el catre, para tirarlo lejos, para devolverlo. El libro había desaparecido.

Sobre el poncho de Castilla que cubría a Llanos reverberó durante unos segundos una cruz fulgurante como trazada con plata líquida.

-¿Qué son esos tiros? -gritó el capitán desde la ventana de la casa.

-Vinieron a buscar el libro negro -contestó Juan Llanos. -Ya se lo llevaron -agregó...

△▽

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

